XXX

Soñé que un ángel de apacible vuelo
Entró en mi estancia; que mi débil brazo
Ligaba al suyo: y luego á su regazo
Me lleva y párte de la tierra al cielo.

De un astro en otro con doblado anhelo
Sentaba el pie; midió el brillante lazo
De Saturno, y aquel nubloso trazo
Que mancha y corta el turquesado velo.

De vuelta al mundo, mi celeste guía
Al señalarme la creciente luna
Sonriyendo, al oído me decía:

Hijo, nacer poeta es gran fortuna:
Y si buscas belleza y poesía
Mírala rielar en la laguna.

XXXI

Ora te vea, en matinal rocío,
Viniendo Abril, ceñir de la verbena
Las mustias sienes; ó en copiosa vena
Saciar la sed del árido plantío;

Enturbies ora el diáfano vacío
En parda nube cuando el rayo truena;
O bajes impetuosa á la serena
Fértil llanura en el sañudo Estío;

Ya traspongas de arena tu baluarte
Bramadora esquivando la sevicia
Del Bóreas que se alegra de inquietarte;

Ya, si el céfiro blando te acaricia,
Murmures, agua bella, en admirarte
He cifrado entusiasta mi delicia.

XXXII

Á UN AMIGO QUE RETORNABA Á MI TIERRA NATAL.

¡Adiós, Arnaldo!... Del nativo suelo
Pronto verás el húmedo collado,
Y sus bosques magníficos y el prado
Con su alfombra de verde terciopelo.

Pronto verás su inmensurable cielo
Al tardecer, azul y arrebolado;
Y de la casta Delia el regio estrado
Retratarse en el lúbrico arroyuelo.

Y el sabino verás que se levanta
Con blanquizca y flotante cabellera
Del cerro en la poética garganta.

¡Ah, quién los grillos sacudir pudiera!...
Anda tú; y al mirar belleza tanta
Un recuerdo conságrame siquiera.

XXXIII

ENVIANDO UNA COPA DE MIEL SILVESTRE.

No es ambrosía ó néctar lo que encierra
En su seno esta copa abrillantada;
Es una miel fragante y delicada
Recogida en los bosques de mi tierra.

A quien ludibrio de la suerte yerra
De lar en lar, del monte á la planada,
No es mucho que le anuble la mirada
Un girasol de su nativa sierra.

Ángel querido, suspendió su vuelo
La casta abeja por libar las flores
Purpúreas del selvático ciruelo;

De allí labró esta miel. Y los pastores
Me la han traído con doblado anhelo
Porque soy el imán de sus amores.

XXXIV

Á UN POETA.

¡Delicia y gala de la selva umbría,
Vïola tropical, Marón indiano,
Que diestro, al caramillo siciliano
Haces verter raudales de armonía!

A la fontana que resbala fría
Robaste su gemir; al mar su arcano;
Los arrullos al céfiro galano;
El trino al ave; al Hibla su ambrosía.

El cardo azul, anémone y violeta
Con la hiedra se enlazan reluciente
Y festonan tu mágica paleta.

Y deja el trébol la nativa fuente
Por ligarse al laurel, oh gran poeta,
Que asombra ufano tu ardorosa frente.

XXXV

Yo os quiero preguntar, señor Vicario:
¿Por qué con más placer el Hermosilla,
Un soneto, leeis, ó una letrilla
Que el Billuart, el Berardi y el Breviario?

¡Por Baco!... Sois un hombre estrafalario:
Ese afán el cerebro os aniquilla;
Y.... por oler silvestre florecilla
Dejais atrás el místico incensario.

De Ezequiel repasad con flema y juicio
El sagrado volumen; y un sustento
Hallaréis, si no grato, más propicio.

¡Por vuestra vida!.... meditad atento
El capítulo octavo; y fiero indicio
Será, el que no os sirva de escarmiento.

XXXVI

Á MI URRACA.

Hija locuaz de la apartada zona
Que el Atoyac salpica con su espuma,
Que un sol de fuego con su peso abruma,
Urraca singular, ave ladrona;

¿Mi lápiz dónde está?.... ¡Por la corona
Que llevo, juro que tu audacia es suma!
¿En dónde mi papel? ¿dónde mi pluma?....
¡Qué pesares tu instinto me ocasiona!

¡Quisiera!.... Pero nó; prosigue: ufana
Vuelca, destruye, roba.... que un tesoro
Por ti daría; mi escritorio allana.

Ven, llégate, avecilla. Conmemoro
¡Ay Dios! que te amansó mi dulce hermana:
Por eso al verte me sofoca el lloro.

Tenango del Valle, 1881.

XXXVII

A MI CABALLO.

No viene de Bucéfalo ó Babieca
Ni del tardo y sufrido Rocinante,
Ni fué jamás de caballero andante
Este caballo que de manso peca.

Puede montarle, y aun llevar su rueca,
Cualquiera Filis; y él, de buen talante,
La tierra oliendo, seguirá adelante
El pajuz rebuscando y fronda seca.

Y aunque así sea; mi rocín querido,
De Tenango en el valle polvoroso,
Incansable diez años me ha servido.

Que si no es muy ligero y animoso
Sube montes enhiestos atrevido,
Y de mil cuitas me ha sacado airoso.

XXXVIII

Á MI URRACA.

¡Ah!.... ¡presa tú! Conmigo en las serenas
Verdes llanuras y áridas colinas
Libre moraste; y hoy el cuello inclinas
Amorosa besando mis cadenas.

Y del Gril por las márgenes amenas
Me seguías debajo las encinas;
¿Te acuerdas? Si las flores en espinas
Se truecan, compartamos nuestras penas.

Mas nó: la libertad, un don que el cielo,
Ave amiga, te diera generoso,
¿He de robarte? nó: ¡pese á mi anhelo!

Tiende las alas; vuelve al campo hermoso;
Y deja, deja que en extraño suelo
Espire solitario y pesaroso.

México, 1883.

Alloquor extremum mœstos abiturus amicos.

¡Triste Alcino! La suerte enemiga
Te persigue con hórrida saña;
Es ya tiempo que dejes la caña
Y el agreste sonoro rabel.
Un pastor en la plácida vega
Fementido te afrenta y baldona;
Y de abrojos en dura corona
Trueca ingrato, el brillante laurel.

Deja, deja la gárrula fuente
Que al nacer en sus linfas retrata
Del rosal la encendida escarlata
Y del púdico lirio el albor;
Deja, deja los juncos y lotos
Que á su margen sin número crecen,
Que al impulso del aura se mecen,
Y te halagan con blando rumor.

Oh montañas, oh selvas, oh ríos,
Mi tesoro, mi gloria y contento,
Vais á ser de mi alma el tormento....
¿Cómo, cómo os pudiera olvidar?
Otro bardo celebre felice
Vuestro encanto con plectro divino;
¡Acogedle!.... sembrad su camino
De jazmines y blanco azahar.

Tú, llanura, me has visto mil veces
Recostado en tus muelles alfombras,
Cuando cruzan errantes las sombras
El espacio la tarde al morir;
Y hoy me miras partir vagabundo
Y clavar tremulante, de hinojos,
En el cielo mis húmedos ojos
Y mi frente á la tierra abatir.

Avecillas, que en tiempos mejores
A los olmos y músico pino
Preferíais los halagos de Alcino
Y en sus palmas veníais á comer,
Remontaos; y en las híspidas copas
Vuestro duelo exhalad en querellas;
Y en el césped buscando mis huellas
Os encuentre la Aurora al nacer.

Mopso, Mopso, ¡qué mal correspondes
La lealtad que mi pecho atesora!
¡Ya triunfaste! y con mano traidora
Para siempre me alejas de aquí.
¿Y por qué?.... Porque puse en tus manos
(¡Pobre Alcino!) y en hora tremenda,
Unas violas, selvática ofrenda
Por humilde no digna de ti.

¡Doble el cielo tus goces, amigo!
Vive, vive; y en paz venturosa
Coronado de mirtos y rosa
Nunca tomes el pulso al dolor;
Mientras voy con el ánima herida,
Sin que nadie comprenda mi duelo,
Exhalado á buscar otro cielo,
Otro ambiente y un campo mejor.

¡Vendrá tiempo en que lloren las peñas!...
Y del bosque los dulces zagales
Lamentando mis hados fatales
De su Alcino tendrán compasión.
Para entonces, no Mopso.... ¡os lo juro!
Es quien ciego el laúd me arrebata;
Es.... que altivo su furia desata
Sobre mí el espantable Aquilón.